



ANIVERSARIOS
TERESIANOS
2023-2025

**Lectura de los escritos de Teresa del Niño Jesús
Aniversarios teresianos 2023-2025
2023: Manuscrito A**



Ficha 5:
Enfermedad del padre y toma de hábito de Teresa
(Ms A, 71r-73v)

Lectura de los escritos de Teresa del Niño Jesús Aniversarios teresianos 2023-2025 2023: Manuscrito A

Ficha 5: Enfermedad del padre y toma de hábito de Teresa (Ms A, 71r-73v)

Propuesta para el encuentro comunitario:

1. Lectura del texto.
2. Uno de los participantes, habiendo preparado previamente su intervención, presenta el texto con la ayuda de la ficha de lectura (y de otros medios, si fuera necesario).
3. Diálogo comunitario sobre el texto.

Convendría que el encuentro comunitario fuera precedido por la lectura y meditación personal del texto de Teresa.

MANUSCRITO A, 71r-73v

La florecita trasplantada a la montaña del Carmelo tenía que abrirse a la sombra de la cruz; las lágrimas y la sangre de Jesús fueron su rocío, y su Faz adorable velada por el llanto fue su sol... Hasta entonces todavía no había yo sondeado la profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz. Fuiste tú, Madre querida, quien me enseñó a conocerlos. Lo mismo que, hacía años, nos habías precedido a las demás en el Carmelo, así también fuiste tú la primera en penetrar los misterios de amor ocultos en el rostro de nuestro Esposo. Entonces tú me llamaste, y comprendí... Comprendí en qué consistía la verdadera gloria. Aquel cuyo reino no es de este mundo me hizo ver que la verdadera sabiduría consiste en «querer ser ignorada y tenida en nada», en «cifrar la propia alegría en el desprecio de sí mismo». Sí, yo quería que «mi rostro», como el de Jesús, «estuviera verdaderamente escondido, y que nadie en la tierra me reconociese». Tenía sed de sufrir y de ser olvidada...

¡Qué misericordioso es el camino por donde me ha llevado siempre Dios! Nunca me ha hecho desear algo que luego no me haya concedido. Por eso, su cáliz amargo siempre me ha parecido delicioso...

Pasadas las fiestas radiantes del mes de mayo –las fiestas de la profesión y de la toma de velo [71v] de nuestra querida María, la mayor de la familia, a quien la más pequeña tuvo la dicha de coronar el día de sus bodas–, tenía que visitarnos la tribulación... Ya el año anterior, en el mes de mayo, papá había sufrido un ataque de parálisis en las piernas, y la cosa nos preocupó mucho. Pero la fuerte constitución de mi querido rey hizo que se recuperara pronto, y nuestros temores desaparecieron. Sin embargo, durante el viaje a Roma, notamos más de una vez que se cansaba fácilmente y que no estaba tan alegre como de costumbre...

Lo que yo observé, sobre todo, fueron los progresos que papá hacía en la perfección. A ejemplo de san Francisco de Sales, había llegado a dominar su impulsividad natural hasta tal punto, que parecía tener el temperamento más dulce del mundo... Las cosas de la tierra apenas parecían rozarle, y se sobreponía fácilmente a las contrariedades de la vida. En una palabra, Dios lo inundaba de consuelos. Durante sus visitas diarias al Santísimo, se le llenaban con frecuencia los ojos de lágrimas y su rostro reflejaba una dicha celestial...

Cuando Leonia salió de la Visitación, no se disgustó ni se quejó a Dios porque no hubiera escuchado las oraciones que le había dirigido para obtener la vocación de su querida hija. Hasta fue a buscarla con cierta alegría... Y he aquí con qué fe aceptó papá la separación de su reinecita. Se la anunció en estos términos a sus amigos de Alençon: «Queridísimos amigos: ¡Teresa, mi reinecita, entró ayer en el Carmelo...! Solo Dios puede exigir tal sacrificio... No me tengáis lástima, pues mi corazón rebosa de alegría.»

Había llegado la hora de que un servidor tan fiel recibiera el premio de sus trabajos. Y era justo que su salario fuera parecido al que Dios dio al Rey del cielo, a su Hijo único... Papá acababa de hacer a Dios ofrenda de un altar, y él fue la víctima escogida para ser inmolada en él con el Cordero sin mancha.

[72r] Tú ya conoces, Madre querida, nuestras amarguras del mes de junio –y, sobre todo, las del día 24– del año 1888. Esos recuerdos han quedado demasiado grabados en el fondo de nuestros corazones para que haga falta escribirlos... ¡Cuánto sufrimos, Madre querida...! ¡Y aquello no era más que el principio de nuestra tribulación...! Entretanto, había llegado la fecha de mi toma de hábito. Fui aprobada por el capítulo conventual. Pero ¿cómo pensar en una ceremonia solemne? Ya se hablaba de darme el santo hábito sin hacerme salir de la clausura, cuando se optó por esperar. Contra toda

esperanza, nuestro padre querido se repuso de su segundo ataque, y Monseñor fijó la ceremonia para el día 10 de enero.

La espera había sido larga, pero, también, ¡qué hermosa fue la fiesta...! No faltó nada, nada, ni siquiera la nieve... No sé si te he hablado ya de mi amor a la nieve... Cuando aún era muy pequeña, me fascinaba su blancura. Uno de mis mayores deleites era pasearme bajo los copos de nieve. ¿De dónde me venía esta afición a la nieve...? Tal vez de que, siendo yo una florecita invernal, el primer ropaje con que mis ojos de niña vieron adornada a la naturaleza debió ser su manto blanco... Lo cierto es que siempre había deseado que, el día de mi toma de hábito, la naturaleza estuviese vestida de blanco como yo. La víspera de ese hermoso día, yo miraba tristemente el cielo plomizo, del que de vez en cuando se desprendía una lluvia fina; pero la temperatura era tan suave, que ya no esperaba que nevase. A la mañana siguiente, el cielo no había cambiado. Sin embargo, la fiesta resultó maravillosa, y la flor más bella, la más preciosa de todas, fue mi rey querido. Nunca había estado tan guapo y tan digno... Fue la admiración de todo el mundo. Aquel día fue su triunfo, su última fiesta aquí en la tierra. Había entregado todas sus hijas a Dios, pues cuando Celina le confió su vocación, él había llorado de alegría, y había ido a dar gracias a Quien «le hacía el honor de tomar para sí a todas sus hijas».

[72v] Al final de la ceremonia, Monseñor entonó el Te Deum. Un sacerdote trató de advertirle que aquel cántico solo se cantaba en las profesiones, pero ya estaba entonado, y el himno de acción de gracias se cantó hasta el final. ¿No debía ser completa aquella fiesta, si en ella se resumían todas las demás...? Después de abrazar por última vez a mi rey querido, volví a entrar en la clausura. Lo primero que vi en el claustro fue a «mi Niño Jesús color rosa» sonriéndome en medio de flores y de luces. Inmediatamente después mi mirada se posó sobre los copos de nieve... ¡El patio estaba blanco, como yo!

¡Qué delicadeza la de Jesús! En atención a los deseos de su prometida, le regalaba nieve... ¡Nieve! ¿Qué mortal, por poderoso que sea, puede hacer caer nieve del cielo para hechizar a su amada...? Tal vez la gente del mundo se hizo esta pregunta; lo cierto es que la nieve de mi toma de hábito les pareció un pequeño milagro y que toda la ciudad se extrañó. Les pareció rara mi afición por la nieve... ¡Tanto mejor! Eso hizo resaltar aún más la incomprensible condescendencia del Esposo de las vírgenes..., de ese Dios que siente un cariño especial por los lirios blancos como la NIEVE...

Monseñor entró en clausura después de la ceremonia, y estuvo conmigo muy paternal. Creo que estaba orgulloso de que lo hubiera conseguido, y decía a todo el mundo que yo era «su hijita». Siempre que Su Excelencia volvió a visitarnos después de aquella hermosa fiesta, se mostró muy bueno conmigo. Me acuerdo muy especialmente de su visita con ocasión del centenario de N. P. san Juan de la Cruz. Me tomó la cabeza entre sus manos y me acarició de mil maneras. ¡Nunca me había visto tan honrada! En aquel momento Dios me hizo pensar en las caricias [73r] que un día él me prodigaría delante de los ángeles y los santos, de las que me daba ya en este mundo una tenue imagen. Por eso, fue muy grande el consuelo que sentí...

Como acabo de decir, la jornada del 10 de enero fue el triunfo de mi rey. Yo la comparo a la entrada de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos. Su gloria de un día, como la de nuestro divino Maestro, fue seguida de una pasión dolorosa, y esa pasión no fue solo para él. Así como los dolores de Jesús atravesaron como una espada el corazón de su divina Madre, así también se desgarraron nuestros corazones ante los sufrimientos de aquel a quien más tiernamente amábamos en la tierra...

Recuerdo que en el mes de junio de 1888, cuando empezaron nuestras primeras angustias, yo decía: «Sufro mucho, pero creo que puedo soportar todavía mayores sufrimientos». No sospechaba

entonces los que Dios me tenía reservados... No sabía que el 12 de febrero, un mes después de mi toma de hábito, nuestro padre querido bebería el más amargo, el más humillante de todos los cálices...

¡¡¡No, ese día ya no dije que podía sufrir todavía más...!!! Las palabras no pueden expresar nuestras angustias; por eso, no intentaré describirlas. Algún día, en el cielo, nos gustará hablar de nuestras gloriosas tribulaciones, ¿no nos alegramos ya ahora de haberlas sufrido...? Sí, los tres años del martirio de papá me parecen los más preciosos, los más fructíferos de toda nuestra vida. No los cambiaría por todos los éxtasis y revelaciones de los santos. Mi corazón rebosa de gratitud al pensar en ese tesoro que debe de despertar una santa envidia en los ángeles de la corte celestial...

Mi deseo de sufrir se vio colmado. No obstante, mi amor al sufrimiento no decreció, por lo que pronto mi alma participó también en los sufrimientos de mi [73v] corazón. La sequedad se hizo mi pan de cada día. Mas aunque estaba privada de todo consuelo, era la más feliz de las criaturas, pues veía cumplidos todos mis deseos...

¡Madre mía querida, qué hermosa ha sido nuestra gran tribulación, ya que de todos nuestros corazones no brotaron más que suspiros de amor y de gratitud...! No era ya caminar por los senderos de la perfección: ¡volábamos las cinco! Las dos pobres desterraditas de Caen, aunque estaban en el mundo, no eran ya del mundo... ¡Y qué maravillas operó el dolor en el alma de mi Celina querida...! Todas las cartas que escribió en esas fechas están impregnadas de resignación y de amor... ¿Y quién será capaz de describir las conversaciones que teníamos juntas en el locutorio...? Las rejas del Carmelo, lejos de separarnos, unían todavía más estrechamente nuestras almas. Teníamos las dos los mismos pensamientos, los mismos deseos, el mismo amor a Jesús y a las almas...

Cuando hablaban Celina y Teresa, ni una sola palabra de las cosas de la tierra se mezclaba nunca en sus conversaciones, que eran ya totalmente del cielo. Como tiempo atrás en el mirador, soñaban con las realidades eternas. Y para poder gozar cuanto antes de esa dicha sin fin, elegían aquí en la tierra por único lote «el sufrimiento y el desprecio».

Introducción al texto:

«La profundidad de los tesoros escondidos en la Santa Faz» (Ms A, 71r): la devoción a la Santa Faz se había difundido en el siglo xix a raíz de las revelaciones de Nuestro Señor a Sor María de San Pedro, del Carmelo de Tours. Desde el comienzo de su vida religiosa, Teresa fue iniciada en esta devoción por la hermana Inés de Jesús. Luego lo profundiza de una manera muy personal, utilizando los textos del profeta Isaías, principalmente en el momento de la enfermedad de su padre. El 10 de enero de 1889, el día en que tomó el hábito, firmó por primera vez una imagen: «Teresa del Niño Jesús de la Santa Faz». Fue la primera, en el Carmelo de Lisieux, en elegir este nombre.

Conviene recordar que su padre, Luis Martin, iba a sufrir una enfermedad real. De hecho, en la primavera de 1887, la salud de Luis experimentó un primer aviso serio: un ataque de parálisis de una pierna. Un año después, aparecen síntomas desagradables: pérdida de memoria, distracciones, olvido. El que siempre iba impecablemente vestido, a veces aparece con un atuendo descuidado. En junio de 1888, se fue sin previo aviso, y desapareció durante varios días: fue encontrado en Le Havre cuatro días después. Los episodios de problemas circulatorios que provocan gritos, lágrimas y palabras sin sentido se alternan con períodos de remisión en los cuales el Sr. Martin hace planes. Actualmente, los médicos están de acuerdo en que Luis Martin sufría de arteriosclerosis cerebral con un brote de uremia. Murió el 29 de julio de 1894.

«Papá acababa de hacer a Dios ofrenda de un altar» (Ms A, 71v): Luis Martin pagó é solo el altar mayor de la catedral de Saint-Pierre en Lisieux, desde la primera llamada y exigiendo secreto sobre su gesto.

«El santo hábito sin hacerme salir» (Ms A, 72r): el día de su toma del hábito, la postulante salía de la clausura con un vestido nupcial, y asistía a la ceremonia desde fuera junto a su familia.

«Mi Niño Jesús color rosa» (Ms A, 72v): se trata de una estatua de un Niño Jesús pintada de rosa que Teresa estuvo encargada de adorar hasta su muerte.

«Una pasión dolorosa» (Ms A, 73r): la comparación entre la prueba del Sr. Martin y la Pasión de Cristo se convertirá gradualmente en una identificación con el Siervo Sufriente de Isaías, que Teresa descubrirá al año siguiente, es decir, en 1890.

«El más humillante de todos los cálices» (Ms A, 73r): el 12 de febrero, el Sr. Martin es trasladado a un asilo de ancianos en Caen, después de tener alucinaciones que han suscitado preocupación en su entorno.

«Era la más feliz de las criaturas» (Ms A, 73v): como hace a menudo, Teresa une aquí las impresiones más contradictorias para expresar el estado de amor heroico que llena su corazón.

Para el diálogo comunitario:

1. *¿Qué dice el texto?* Comprender el contenido y el sentido original del texto de Teresa.
2. *¿Qué nos dice el texto hoy?* Captar la actualidad (social, eclesial, espiritual...) del texto.
3. *¿Qué me/nos dice el texto?* Actualizar y aplicar el texto a la vida personal y comunitaria.

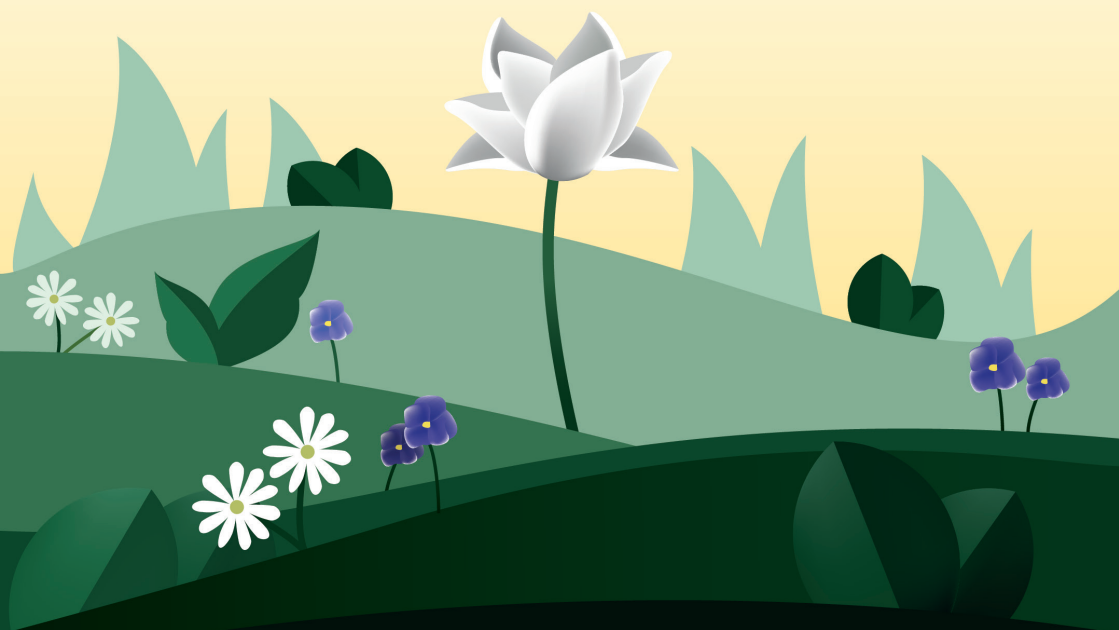
El objetivo de este itinerario es permitir que Teresa nos hable, nos interroge, nos anime, y acogerla para que ilumine y confirme nuestro camino personal y comunitario. Las preguntas propuestas son, por tanto, solo indicativas y eventualmente pueden acompañar la meditación personal y el intercambio comunitario.

Preguntas:

1. La Santa Faz: Teresa se alimenta de tres dimensiones que relaciona entre ellas: una devoción (a la Santa Faz), una experiencia (la enfermedad de su padre) y la Palabra de Dios (el Siervo sufriente de Isaías). Este tríptico es realmente iluminador; ¿su articulación nos ayuda en nuestra forma de vivir las pruebas y/o de acompañar a otros en las pruebas?
2. ¿La contemplación de la Pasión de Cristo suele ser un apoyo, una llamada cuando estamos pasando por pruebas personales y/o comunitarias? ¿Proponemos esta contemplación a las personas que sufren las pruebas?
3. El sufrimiento es una realidad en toda la vida de Teresa: pruebas afectivas (separaciones...), corporales y espirituales (escrúpulos, prueba de fe...). Al desear el sufrimiento, Teresa expresa su voluntad de no luchar contra ella, pero sobre todo quiere unirse a Jesús y usar toda la realidad (incluido el sufrimiento) para alimentar su confianza en la obra de Jesús en ella y a través de todo. ¿Elegimos sobre todo creer en la presencia activa de Jesús sin importar lo que sintamos? ¿Cómo podemos proponer esto hoy en nuestra cultura del bienestar?
4. Otras lecturas paralelas: Carta 108 y Oración 12.



ANIVERSARIOS TERESIANOS
2023-2025



CARMELITAS DESCALZOS

Curia General del Carmelo Teresiano

www.carmelitasdescalzos.com